

LA MANERA EN QUE DIOS NUESTRO SEÑOR ACOMPANA A IGNACIO

PARADIGMA DE NUESTRA MANERA DE PROCEDER EN LA RELACION “PARA AYUDAR A LAS ALMAS”

Este artículo tratará de poner de relieve la manera en que el Señor ha actuado con Ignacio inspirándole no solamente su propio compromiso, sino también la manera de “ayudar a las almas”.

A propósito de la conducta que el Señor adopta con Ignacio, ¿podemos hablar de un “acompañamiento”? El término evoca de por sí una especie de camino codo a codo para alcanzar, juntos, una meta fijada. El “acompañamiento espiritual”, sin embargo, no prevé que en este “camino codo a codo”, los dos compañeros se encuentren comprometidos de manera idéntica. Ofrecer a alguien un acompañamiento espiritual, no quiere decir intercambiar mutuamente indicaciones útiles para iluminar un camino común. En el acompañamiento espiritual hay un acompañante y un acompañado. Se supone que el acompañante disponga de una cierta luz, de una cierta experiencia y de los recursos necesarios para ayudar a aquel que acompaña. Cuando, a raíz de su conversión, Ignacio se sintió llamado a ofrecer a otros la ayuda espiritual que podían necesitar, se puso a ofrecerles el apoyo de una experiencia de la que Dios era para él el autor y de la que, por consiguiente, él mismo se reconocía responsable respecto a las “almas” que empezaba a

ayudar de esa manera.

Lo que Ignacio quiso compartir con otros, es lo que él mismo había recibido de Dios en primera persona. Aplicando, analógicamente a la relación entre Dios e Ignacio, el término de “acompañamiento”, que más tarde evocará el apoyo ofrecido al otro, nos remitimos a la intervención del Espíritu, a la fuente de su propia vida espiritual. Si Ignacio fue rápidamente capaz de enseñar y guiar a otros, es porque Dios, primero, le había enseñado y guiado. Y para definir su relación con Dios durante los meses vividos en Manresa, ¿acaso no dice que Dios se hizo educador suyo? “En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole” (Autobiografía n. 27). Así que Ignacio reconoce el haber vivido en Manresa una relación privilegiada con Dios, una relación de aprendizaje: que consistía, ciertamente, en reforzar y desarrollar su conocimiento del misterio de Dios (Ignacio señala así las numerosas gracias de las que se benefició). Recibió una enseñanza que se traducía en experiencia práctica y en transformación de su propia vida; porque el Señor mismo le había enseñado, él se había hecho responsable de comunicar a otros lo que había aprendido. Dicho de otro modo, la manera de hacer de Ignacio con los demás pudo inspirarse en la manera que Dios eligió para él. Por consiguiente tratamos de poner de relieve, a través de su caminar, algunos elementos de la conducta que Dios le inspiró después del encuentro decisivo en la casa solariega de Loyola.

**El punto de partida del acompañamiento:
la realidad humana de cada uno**

Aunque si para ser totalmente eficaz el acompañamiento espiritual tiene que contar con una actitud de disponibilidad interior en aquel que recurre a ello, es preciso reconocer que no siempre es así. Al comienzo de la Autobiografía en la que Ignacio nos ha transmitido su experiencia interior, él reconoce humildemente que no esperaba aparentemente gran cosa de Dios. Constata que era dado a las “vanidades del mundo”. ¿Hay que concluir por ello que el paso de este primer estado al encuentro con Dios no pudo realizarse sino al precio de una ruptura total con su vida anterior, de la que nada iba a poder subsistir a partir de ese momento?

Para operar la conversión y la transformación de Ignacio, Dios ¿iba a tener que renunciar a darle cualquier punto de apoyo?

Y nosotros, cuando se nos llama a ayudar a alguien espiritualmente, ¿deberemos retirarnos desde el principio, renunciando a cualquier toma de responsabilidad, si en la persona a la que quisiéramos ayudar notásemos una especie de opacidad que no deja ningún espacio previsible a la invasión de Dios? Si tal invasión se produjera, ¿no deberíamos considerarla como

*en el caso de Ignacio, Dios ha
ciertamente tenido en cuenta la
estructura de su personalidad,
en particular las virtudes
humanas y, hasta un cierto
punto, las virtudes cristianas
que descubría en él*

un puro milagro, al haber hecho Dios lo que era humanamente imposible?

Una tal toma de postura, ciertamente, tiene su peso de verdad, y en particular en el caso que nos ocupa, cuando uno se acerca al momento decisivo de la conversión: no es Ignacio que se ha convertido, sino que es Dios quien le ha convertido. ¿Diríamos, pues, que en la relación

con las personas que recurren a nosotros y que reconocen ser prisioneras, ellas también, de las “vanidades del mundo” cualquier intervención y cualquier palabra de nuestra parte serían simplemente inútiles? ¿Es verdad que al llevar Ignacio a la conversión, Dios no pudo contar con nada de lo que él era, obligado por consiguiente a proceder a una pura y simple sustitución de persona?

¡No! A veces Dios actúa poderosamente en la vida de los hombres para transformarlos, y no podemos negar que tiene en cuenta también lo que encuentra en cada cual. En el caso de Ignacio, Dios ha ciertamente tenido en cuenta la estructura de su personalidad, en particular las virtudes humanas y, hasta un cierto punto, las virtudes cristianas que descubría en él. El espíritu de Ignacio, especialmente en función de la formación recibida, lejos estaba de ser un espíritu bajo; no estaba desprovisto de una cierta nobleza. Desde el punto de vista moral, estaba habitado por una gran exigencia de verdad, de autenticidad, de respeto, de generosidad y de una verdadera libertad con relación al dinero. Y era

también un hombre valiente, que no se echaba atrás ante las dificultades y permanecía firme en sus compromisos.

Antes de cualquier paso, antes de cualquier diálogo espiritual, el acompañamiento que ofrecemos a las personas ¿acaso no debe tener en cuenta — encontrando en ello un punto de apoyo y una fuente de esperanza— cualidades y virtudes de las personas? Si Dios ha podido sacudir tan radicalmente la vida de Ignacio, ciertamente es gracias a la obra de su espíritu; pero el Espíritu mismo ha penetrado en la persona de Ignacio utilizando hasta cierto punto, para su obra, las cualidades y las virtudes propiamente humanas que eran las suyas. El sentido del “magis”, por ejemplo, que lo habitaba desde el comienzo, el Espíritu lo orientó primero hacia modelos de realización muy distintos a los que estimulaban antes su imaginación y su pensamiento; él transformó luego su exigencia de “más” inscribiéndola ya no en sueños de éxito y realizaciones externas, por muy santas que se considerasen, sino conformándole poco a poco con el misterio pascual de Jesús. Fue éste el camino recorrido en Manresa.

La receptividad frente a Dios y sus condiciones

Es bien sabido que una de las dificultades del progreso espiritual, es que la persona que pide ser ayudada, a menudo empeñada en diversas empresas, no logra sino con mucha dificultad desprenderse de sus actividades. Bien querría profundizar su relación con Dios; le gusta que se le hable de ello, y si ha decidido recorrer a un acompañamiento espiritual es porque esperaba, actuando de esta forma, crecer espiritualmente. Pero la receptividad - aunque esté a veces teóricamente asegurada - no puede dar frutos si no se verifican ciertas condiciones.

En el caso de Ignacio, la cosa no es difícil de comprobar. He aquí un hombre activo, ambicioso, que cree en Dios, pero suficientemente cogido por sus empresas personales para no dejar mucho espacio a su Señor, hasta el punto que Dios llega a perder realmente su lugar — central — en su vida. Sin embargo esto juega para socavar en el corazón del convaleciente una disponibilidad nunca vivida antes: el detenerse total y forzoso de sus empresas humanas, y desde ese momento la experiencia de una

cierta ociosidad con el deseo de llenarla. Porque no había otra cosa que hacer, Ignacio tuvo que resolverse a leer libros que no correspondían a sus gustos. Pero la soledad y el silencio que tuvo que soportar a pesar suyo en sus largas jornadas de convalecencia permitieron que el grano sembrado en su corazón por el relato de la vida de Cristo y de la vida de los santos, produjera frutos inesperados. Una nueva receptividad, pronto aliada con una provocación desconocida: he aquí lo que poco a poco sacudió a Ignacio, haciéndole pasar de una espera pasiva, y sin duda poco paciente, a la acogida de resonancias interiores de las que ignoraba la naturaleza. De activo que era, Ignacio se había convertido forzosamente en receptivo, y el azar de las circunstancias hizo que lo que se vio llevado a dejar crecer en el fondo de su ser otra cosa no fuera sino el misterio cristiano revelado en la vida de Jesús y manifestado en la vida de los santos.

Es un hecho comprobado y, se podría decir, muy banal que el crecimiento espiritual (o eventualmente la conversión) exige ante todo una apertura a Dios y a su gracia ejerciendo una actitud de acogida y de receptividad interior. Como en el caso de Ignacio, la soledad y el silencio (interior como exterior) se presentan entonces como condiciones normales para calar hondo en sí una verdadera receptividad. Ignacio subrayará la importancia de esto en la Anotación 20ª de los Ejercicios Espirituales. Antes mismo de comprobar la verdad de ello durante su larga estancia en Manresa, habrá percibido su pertinencia desde el tiempo pasado en Loyola, cuando se ponía a leer la vida de Jesús y la vida de los santos, dejando que su pensamiento se detuviera “durante mucho tiempo” sobre este universo nuevo (el universo interior) que estaba descubriendo.

En el acompañamiento de las personas, conocemos el fruto que puede producir el salirse de la vida habitual, confiando en Dios y en su palabra en el silencio y en la soledad.

La importancia de la oración, de una oración prolongada que se inscribe en un programa preciso

La oración prolongada traduce a menudo el arranque espiritual. El hombre descubre en ello una relación profundamente personalizada con

Dios. Se puede decir que la conversión de Ignacio coincidió con un movimiento interior de oración que surgía en él de manera nueva e inesperada.

En el relato autobiográfico que Ignacio nos ha dejado, tratemos de subrayar más todavía la exigencia de organización que la vida de oración implica. En esta perspectiva, debemos interesarnos sobre todo en la estancia en Manresa. Al describir brevemente la oración, que en ese momento era la suya, Ignacio se detiene en algunos aspectos de los que su experiencia posterior de acompañante le hará comprobar la exigencia, con una claridad cada vez mayor. A propósito de los tiempos fuertes de oración, Ignacio afirma claramente que su duración reviste en ellos una importancia incontestable. En Manresa, rezaba, nos cuenta él mismo, cada día siete horas y, fuera de ese tiempo, “todo lo más del día” estaba consagrado “a pensar en cosas de Dios” (Autob. n. 26) Y así descubre, respondiendo a la exigencia interior que Dios suscita en él, líneas de acción que se convertirán en indicaciones precisas cuando escribirá los Ejercicios Espirituales. ¿No fija entonces para cada día un cierto número de ejercicios a los que hay que consagrar cada vez una hora entera? Y, en la sexta adición, precisa que durante el día, el espíritu no puede dejarse desviar ni invadir por pensamientos que no corresponden a la orientación de la oración.

Otro detalle merece, sin embargo, ser subrayado a propósito del tiempo consagrado a la oración: el número de horas no tiene como fin fijar marcas multiplicando inconsideradamente el tiempo efectivo de la oración. Dios da a Ignacio una percepción suficientemente lúcida de lo que puede encerrar de desorden y de búsqueda inconsciente de sí una tal manera de actuar. Recordemos el relato que nos hace de su descubrimiento: Dios queriendo iluminarle de cara a la importancia de una fidelidad desprendida de elementos puramente sentimentales: “Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho; y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día; y por aquí empezó a dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era mejor *dejallas*, y dormir el tiempo

destinado, y lo hizo así" (ibid).

Muy pronto, desde entonces, Dios pide a Ignacio que le consagre largas horas de oración y que oriente su reflexión de manera que se apropie cada vez mejor de los frutos del encuentro vivido con él. Pero, al mismo tiempo, le hace comprender que el compromiso que espera de él es el de una fidelidad despojada de toda búsqueda de sí. Es poniendo orden en si mismo, y especialmente en el programa de sus días y de sus noches, que el hombre puede llegar a ser capaz de responder concretamente al amor de Dios y a la conducta que El imprime a su vida.

*la cuestión que se le
plantea a Ignacio a
partir de ahora es:
¿quién es él en definitiva
y quién está llamado a
ser?*

Cuando, al darse al estudio, prolonga sobre este punto su reflexión, Ignacio descubre que la oración que pretende substituirse al deber es una oración que, lejos de acercarle a Dios, se opone por el contrario a su espera.

Y es lo que nos llegamos a comprobar, a veces, en el acompañamiento espiritual: el compromiso desordenado en la oración puede, en ciertas circunstancias, alejar de Dios en lugar de acercarnos a El. Y esto ocurre en particular cuando la oración se practica como una evasión, implicando una falsa comprensión del trabajo, de la acción y del cumplimiento del deber.

Todos los elementos están ya, desde ese momento, inscritos en la conciencia de Ignacio para llegar mañana a la unión necesaria entre oración (contemplación) y trabajo o reposo (acción). Y esto a pesar de que para el "in actione contemplativus" será necesaria todavía una experiencia en profundidad de la comunión con Dios en el compromiso a su servicio y al servicio del prójimo.

La dinámica del deseo y la función del discernimiento

Son los deseos los que llevan al hombre a querer realizarse. Ignacio ha sido siempre un hombre de deseo, y sus deseos han sido siempre fuertes deseos. Lo hemos dicho ya: en el momento en que busca rellenar el

tiempo de su convalecencia, he aquí que le ofrecen libros poco conformes con los deseos que lo habitan.

Los primeros grandes deseos de Ignacio proyectaban, en efecto, un futuro definido en términos de gloria humana y de unión matrimonial que iban a parar en un alto grado de celebridad. Pero he aquí que siente también una atracción opuesta. La cuestión que se le plantea a Ignacio a partir de ahora es: ¿quién es él en definitiva y quién está llamado a ser?

Este interrogante es nuevo, está emparentado con el interrogante de la vocación, porque para Ignacio consiste en definitiva en descubrir el lugar de su verdad. Todo acompañante sabe la importancia de los momentos en los que ha de hacerse una elección en función de la llamada de Dios. En este comienzo de elección con el que Ignacio se enfrenta, será para él decisiva una indicación: la de los efectos suscitados en su espíritu por los dos deseos antagónicos.

La reflexión racional no permitirá zanjar la situación. Como lo indica la nota marginal añadida por Gonçalves da Câmara al relato de la conversión de Ignacio, he aquí que Dios introduce a su “acompañado” Ignacio en una toma de conciencia de qué es lo que distingue su acción de cualquier otra. Dios sólo puede, en el sentido pleno, provocar una real consolación espiritual. Y es ésta justamente la realidad que Ignacio acaba de descubrir. Al contrario de aquello que habitaba en su alma cuando se dejaba invadir por sus deseos carnales y por las reflexiones procedentes de éstos, he aquí que la atracción ejercida por la vida de Cristo y por la vida de los santos se revela portadora de una consolación duradera. Y así, concluye, poco a poco viene a conocer “la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios” (Autob. n.8)

En ese momento, Ignacio no está todavía en Manresa, “a la escuela de Dios mismo”. Pero, desde el comienzo de su conversión, ¿no hay que decir que está activamente presente en la historia de Ignacio, acompañando de alguna manera esta historia? Dios le ofrece a éste bastante luz para que descubra su acción en su vida...

¿Acaso no ocurre que, a partir de experiencias sumamente sencillas pero en las que Dios revela ya su presencia y su acción, podemos ayudar a los demás a comprender cómo el Señor actúa en ellos y cómo los está conduciendo? Esto exige bastante atención interior para descubrir dónde

es posible reconocer a Dios en el seno de opuestos deseos.

Penitencia y apego a Jesús

Aquí queremos poner de relieve cómo Ignacio, bajo la conducción de Dios, fue llevado a emprender, en su propia vida, los pasos que explicitarán los Ejercicios Espirituales, en particular en sus dos primeras semanas.

Está claro que desde la etapa de Loyola, al reconocer que Dios es activo en su vida, Ignacio toma sin tardar conciencia de que la vida que fue la suya no ha correspondido a lo que el Señor esperaba de él. Y como lo enuncia, advierte la exigencia de hacer penitencia. “Y cobrada no poca lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della”. (Autob. n. 9) La conversión no es pues para Ignacio sólo un simple cambio de vida; supone necesariamente un paso de integración de la vida pasada en la vida nueva y, desde ese momento, una actitud de pesar y de penitencia (más tarde, en los Ejercicios, hablará de penitencia a la vez interior y exterior).

Toda experiencia de Dios, todo esfuerzo de fidelidad a su llamada no pueden, desde ese momento, no hacer caso de los errores pasados, o incluso ignorarlos. Nos ocurre, sin duda, el tener que recordarlo en el acompañamiento espiritual. Cualquier “convertido” está invitado a recordar los errores pasados para encontrar el camino a seguir: le es necesario corregir las desviaciones de antaño y luchar en contra de lo que las ha hecho posible. La vida de Ignacio, sostenida por la gracia de Dios, de nuevo es iluminadora desde este punto de vista: ha sabido imponer a su existencia unos golpes de timón decisivos, sobre los cuales no iba a tener que volver nunca más.

Si el camino de conversión y de penitencia nos hace pensar en todo aquello que, en el acompañamiento espiritual, recuerda la etapa significativa en los Ejercicios Espirituales de la primera semana, es por el contrario sobre todo la segunda semana, la que nos remite a la atención sostenida hacia la vida de Jesús, con el deseo de seguirle dejándose guiar cada vez más por El. El apego afectivo a Jesús ejerce pues un papel decisivo. Para llegar a ser verdaderos discípulos de Jesús, la gracia que se

pide repetidamente en la segunda semana otra cosa no es sino la de un “conocimiento interior del Señor que (por nosotros) se ha hecho hombre, para que más Le ame y Le siga” (EE N.104)

Por el papel decisivo que en la conversión de Ignacio ejerce la lectura de la vida de Cristo, es indiscutible que la relación con Jesús (de quien quiso luego reconocerse “compañero”

pidiendo insistentemente a Nuestra Señora, cuando se dirigía hacia Roma, que le pusiera “con su Hijo”) llegara a ser de alguna manera la fuente primordial de inspiración en su búsqueda de la verdad. ¡Con qué hondura Ignacio recibió la gracia de “estar puesto con Jesús”! Lo confiesa de manera entrañable hablando el día siguiente a su conversión. Se aplica, en primer lugar,

*Jesús se ha manifestado
con frecuencia a
Ignacio de manera tan
cercana y lo ha unido
cada vez más a El con
reales lazos de amor*

de manera casi infantil, al copiar él mismo del relato evangélico, las palabras de Cristo y de la Virgen, poniendo toda su atención de escribano: “Y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (...): las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano” (Autob. n.11). En Manresa profundizará su apego a Jesús, inscribiendo el impulso psicológico de su piedad en una perspectiva trinitaria y redoblando su atención a la obra de salvación realizada por el Señor Jesús... Pero la persona humano-divina de Jesús resurgirá a menudo aún en los años siguientes: recuerdo de una presencia entrañable y compasiva, cercana y llena de majestad. Basta pensar en la peregrinación a Jerusalén, y también, por ejemplo, en el encuentro compasivo, durante su difícil progresión hacia *Padua* para irse a embarcar para la Tierra Santa (Autob. n. 44). Jesús — y esto es claro — se ha manifestado con frecuencia a Ignacio de manera tan cercana y lo ha unido cada vez más a El con reales lazos de amor. ¡Quiera Dios que, en nuestras experiencias de acompañamiento, se nos conceda ayudar a madurar y a desarrollarse en el corazón y en toda la vida de aquellos que se confían a nuestra ayuda, un apego tan fuerte y tan entrañable al Hijo de Dios encarnado!

Los escrúpulos y la confianza absoluta en Dios

Es conocida la hondura de la crisis atravesada por Ignacio durante su estancia en Manresa, cuando se vio asaltado, aparentemente sin defensa posible, por una crisis de escrúpulos que lo condujo hasta la tentación del suicidio. Los que, de una manera o de otra, han tenido que acompañar a personas atormentadas por los escrúpulos saben que esto representa una dura prueba por el mismo acompañante, aunque su prueba es muy poca cosa respecto a la que de su parte padecen los escrupulosos.

¿Qué le hizo Dios descubrir aquí a Ignacio? Lo que está claro, es que Ignacio trató más tarde que de ellos se beneficiaran otros, redactando unas pocas “observaciones” sobre los escrúpulos contenidas en los Ejercicios Espirituales (Cf. n. 345 a 351). Leer esas notas, es tomar conciencia de la manera en que Dios supo guiar a Ignacio durante el tiempo de la dura prueba y cuando trató luego de sacar lecciones de ello. Es impresionante encontrar, en una persona que ha experimentado tan dolorosamente la prueba de los escrúpulos, una valoración tan positiva de los mismos, por poco que no superen un tiempo suficientemente breve... El escrúpulo, observa en efecto Ignacio: “no poco aprovecha al ánimo que se da a espirituales ejercicios; antes en gran manera purga y limpia a la tal ánimo, separándola mucho de toda apariencia de pecado, según la palabra de San Gregorio: ‘es propio de las almas buenas ver una culpa allí donde no la hay ninguna’” (E.E. n.348).

Ignacio descubre, pues, que la prueba de los escrúpulos ha contribuido a abrirle a una atención delicada a la voluntad de Dios. Y así es capaz de agradecer por ello sinceramente al Señor. Ha sido necesario que fuera llevado a una esperanza sin límites, ¡esa virtud que el escrúpulo amenazaba con quitársela!

Cierto, no es en el relajamiento de la conciencia donde se coloca la victoria sobre el escrúpulo. Pero más allá del esfuerzo hecho por el hombre para integrar en su discurso toda la realidad de su pecado, es el acto de confianza total, que echa en los brazos de Dios, el único que pueda superar el encarcelamiento a consecuencia del escrúpulo.

Cuando Ignacio deja Manresa, tras haber largamente superado su crisis

de escrúpulos, se lanzará a una vida totalmente abandonada a Dios. ¡Hasta qué punto optará por traducir en gestos y en actitudes la confianza total puesta en el Señor! Recordémonos cómo, en el momento de salir hacia Jerusalén, no acepta ponerse en busca de dinero para pagar la travesía (Autob. n. 40) y, antes, a su salida de Barcelona, cómo se provee sólo de un biscocho, porque obligado a ello, biscocho que debía asegurar su subsistencia a lo largo de la travesía (Autob. n. 36). La confianza total en Dios es una actitud que Ignacio expresará toda su vida, tanto antes de la fundación de la Compañía de Jesús como siendo Superior general de la misma.

En el acompañamiento espiritual, ¿cómo sostener el crecimiento en esta virtud decisiva para una vida entregada a Dios? En la décima parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús, que reúne un cierto número de exigencias fundamentales para que la Compañía sea fiel a su naturaleza y a su misión, Ignacio habla claramente y con convicción de la exigencia que lo habita de poner en Dios toda su confianza. Hablando entonces del recurso, a veces necesario, a ciertos medios humanos, subraya de manera decidida que es preciso guardarse de “poner nuestra confianza en ellos” (Const. N. 814). La confianza absoluta en Dios, he aquí sin ningún género de duda, una actitud fundamental para la vida espiritual. El haberse descubierto, como Ignacio en Manresa, totalmente inepto para asegurar una relación auténtica con el Dios de amor, es lo que da tanto más brillo a la confianza y que predispone al abandono en Dios.

La determinación a “ayudar a las almas”

La prueba de los escrúpulos encierra en ella misma a la persona que la sufre; ésta se ve confrontada a una exigencia que le parece cada vez más imposible. Entonces lo que puede salvar al hombre es la total confianza puesta en nuestro único Salvador. Cuanto más el escrúpulo encierra al hombre en si mismo, tanto más la confianza libera en él la apertura a Dios; y libera también la apertura al prójimo, con quien compartir los frutos más sabrosos de la experiencia espiritual.

En la perspectiva ignaciana, la experiencia de la vida con Dios está efectivamente destinada a ser compartida. La conversación espiritual

brotó, en efecto, espontáneamente en Ignacio de su propia experiencia de Dios.

Evoquemos brevemente cómo este hecho se inscribe desde las primeras etapas de su encuentro con el Señor. Interroguemos de nuevo al respecto el “Relato” autobiográfico. Sin dificultad descubrimos en ello cómo Dios, acompañante espiritual por excelencia de Ignacio de Loyola, ha hecho nacer sin tardar en él la exigencia de ayudar a otros.

Ya en Manresa, Ignacio apunta que “Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales” (Autob. n. 26). Si Dios le conduce a través de fases sucesivas de su educación espiritual, no es – Ignacio está convencido de ello – para que guarde sólo en su provecho lo que El así le comunica y le hace descubrir.

“Y a este tiempo” declara Ignacio un poco más lejos, al hablar todavía de Manresa “había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces dellas” (Autob. n. 34)

Son éstas las primeras expresiones de un deseo de conversión espiritual, que no hará sino ampliarse y se convertirá cada vez más en un ofrecimiento propuesto generosamente a las personas encontradas, para ayudarlas a caminar en la relación con Dios. La expresión “ayudar a las almas” se convierte cada vez más en imperativa al espíritu de Ignacio. Y las defensas que se le oponen, o los límites que aparecen en la ayuda espiritual que quiere ofrecer, bastarán para que quite tanto Salamanca como Alcalá, con el fin de encontrar en otra parte un lugar donde el servicio de las almas no esté prohibido a aquel que se siente interiormente llamado a ello y que, en cambio, ofrece todas las garantías de conformidad con el mensaje cristiano.

Ayudar a las almas, es oportuno precisarlo, Ignacio lo entendía ante todo como la comunicación al otro – en todo o en parte – de su propia experiencia interior, consignada paulatinamente en lo que llegaba a ser poco a poco el librito de los Ejercicios Espirituales. Se entiende el porqué, en una etapa más tardía de su vida, trabaje con determinación para obtener de la Santa Sede una aprobación oficial de estos Ejercicios.

Es de Dios mismo – y de esto tiene la íntima convicción – que

Ignacio ha recibido la sustancia misma de los Ejercicios. Al escribirlos, no hace sino que pagar su tributo de gratitud al Señor que quiso conducirlo por este camino de gracia. Dios mismo ha acompañado a Ignacio en el tiempo de su crecimiento espiritual; y el librito donde se ha consignado el camino recorrido constituye a partir de ese momento el libro-maestro de todo acompañamiento espiritual a la escuela de Ignacio.

El papel de las mediaciones eclesiales

En el punto de partida de su vida, como en el punto de partida de su conversión Ignacio se presenta como un miembro fiel de la Iglesia. Es oportuno percibir más claramente aún cómo, desde el comienzo de su vida hasta la etapa de la conversión, acontezca en él una transformación radical en su espíritu sobre este punto. En los comienzos, la Iglesia era para él una institución respetable a la que, de alguna manera, estaba orgulloso de pertenecer (¿No llegó entonces a recibir hasta la consue-

*en pos de Cristo y en la
obediencia al Espíritu,
Ignacio percibe cada vez
más íntimamente el papel
de la Iglesia y el lugar que
le está reservado en la
existencia cristiana*

ra?). Más tarde, será la adhesión viva y profunda a Dios, a Cristo y al conjunto del misterio cristiano que ordenará su pertenencia a la Iglesia; una pertenencia que desde ese momento será generadora de responsabilidad. Al leer el relato que Ignacio hace de su historia personal, está claro que en ningún momento, tras su conversión, la mediación eclesial se limita a sus ojos a una realidad exterior. Porque la adhesión a la manera cristiana de pensar y de vivir no se separa nunca en él del conocimiento interno de Dios. Y al avanzar en pos de Cristo y en la obediencia al Espíritu, Ignacio percibe cada vez más íntimamente el papel de la Iglesia y el lugar que le está reservado en la existencia cristiana. Recordemos aquí algunos eventos significativos en los que se manifiesta más aquello que podríamos llamar, de manera global, la obediencia ofrecida espontáneamente por Ignacio a la Iglesia de su tiempo. Configurarse profundamente con Jesús no ha significado nunca para él — sino todo lo

contrario — rechazar cualquier otra mediación. El crecimiento de Ignacio en el conocimiento del Señor y en el don a El de toda su persona no se ha dissociado nunca de un sometimiento impecable a las autoridades eclesiales. De la Iglesia, esperó siempre que le alimentara, no solamente de la Palabra evangélica, sino también de los sacramentos mediante los cuales el Señor se comunica, en ella, a todos cuantos le reconocen y acogen la generosidad de sus dones. Y en los representantes autorizados de la Iglesia ha reconocido también a aquellos cuya palabra estaba para él revestida de autoridad y a los que se sentía feliz de obedecer en toda circunstancia.

Una primera expresión de la disponibilidad de Ignacio a la Iglesia se manifiesta en la confianza con la que, a través de diversos momentos de su itinerario, se pone en las manos de los confesores encontrados a lo largo de su camino. Primero la confesión general hecha en Montserrat: abandona toda su vida en las manos de Dios mediante su confesor. Durante los meses de Manresa, y en particular durante su crisis de escrúpulos, es de su confesor como representante de Dios que espera, aunque sea en vano, ser confortado en su nueva libertad de cristiano... Y cuando es elegido Superior general se refugia durante tres días en el Monasterio de San Pietro in Montorio, para oír del Padre Teodosio “que parecía resistir al Espíritu Santo”. Y es así que finalmente triunfa de la oposición radical que sentía hacia el cargo recibido por elección.

Otros episodios invitan a subrayar, en el comportamiento de Ignacio, una obediencia sin defectos a cualquier autoridad eclesial legítima. Será por ejemplo la decisión de abandonar Tierra Santa porque el Provincial de los Franciscanos se opone a acogerle y la Sede Apostólica confía a éste la autoridad necesaria para que abandonara el lugar (Autob. n. 46)... Y cuando, más tarde, Ignacio y sus compañeros se encontrarán en la imposibilidad de realizar su deseo de ir a Tierra Santa, es al “Vicario de Cristo sobre la tierra” al que confiarán su disponibilidad misionera.

Ignacio ¿no nos invita acaso, en todo acompañamiento espiritual, a ayudar a los que se nos confían no solamente a confrontarse con el Evangelio y a escuchar las inspiraciones del Espíritu, sino también a crecer como verdaderos hijos de la Iglesia?

La verdadera disponibilidad a Dios verificada en lo con-

creto de la vida

He aquí una observación que tiende lamentablemente a ser demasiado frecuente: a pesar de la perseverancia en buscar en el acompañamiento espiritual la fuente de un crecimiento auténtico, parecería que en lo concreto, la vida no parece cambiar tan normalmente como uno esperaría. Esta observación con la que terminamos nuestra reflexión parece poner en tela de juicio, por lo menos en ciertos casos, el impacto del acompañamiento espiritual confrontado con los frutos que parece aportar.

Ciertamente, en una reflexión de este tipo, conviene evitar cualquier tentación de simplismo: a veces, sin que se manifiesten transformaciones visibles, la fidelidad al acompañamiento espiritual sostiene de hecho la constancia de algunos en buscar a Dios y permanecer fieles a los pasos fundamentales del compromiso espiritual. Aquel que acepta, a lo largo de meses y años, de someterse a la verificación que el acompañamiento supone será por lo menos ayudado — es de esperar — a mantener el rumbo y a prolongar su esfuerzo en respuesta a las exigencias reconocidas de Dios en su propia vida.

Lo cual no quita, sin embargo, que ciertos caminos parecen más que otros animados por una fuerza superior de transformación. Sin lugar a duda, el camino de Ignacio así fue: al manifestarse en él, al iluminar su espíritu y su corazón, Dios actuaba en su persona transformaciones radicales. Fijemos brevemente nuestra atención sobre algunos resultados visibles de la acción realizada en la vida de Ignacio por este “acompañante” sin igual que es el Señor mismo. En todo su camino de conversión y de crecimiento, Ignacio se muestra talmente dócil a Dios que puede introducir en su vida unas modificaciones decisivas. Y esto porque para Ignacio, aceptar el Evangelio — como trata de hacer desde Manresa — con una total magnanimidad, es vivir en adelante de otro modo.

Se podrían indicar muchos aspectos, subrayando en la vida de Ignacio la secuencia que se establece inmediatamente en él entre la luz recibida y la modificación del comportamiento. Contentémonos con subrayar la cosa en un sólo campo — pero los hay otros — donde, sin duda, la comprensión engendra inmediatamente la acción, o la modificación de la vida. Miremos, pues, el encuentro de Ignacio con Cristo pobre y

humilde. Se trata para él, en este encuentro, no solamente de conocer con claridad las opciones planteadas por Jesús, sino que también de dejarse inmediatamente llevar hacia una vida hecha de pobreza y de humildad.

Habría que citar muchos ejemplos: la opción por el mayor despojo en la peregrinación en Tierra Santa; la opción por un “uniforme” de pobre llevado con los compañeros por él reunidos; durante las primeras etapas de su vida de estudios, la decisión de ponerse al servicio de un “maestro” para poder financiar sus estudios en París; la opción, no entendida por los miembros de su familia, de tomar como lugar de residencia el hospicio de Azpeitia...; y luego, al volverse a encontrar con sus compañeros en el Norte de Italia, la opción por predicar juntos, “en pobreza”, compartiendo la vida de los indigentes... Así que no es de extrañar, luego, la importancia puesta por Ignacio en definir correctamente la pobreza evangélica practicada por la Compañía de Jesús: es sobre este punto que se extenderá toda la primera parte de las páginas de su Diario Espiritual que han sido conservadas.

Para Ignacio, confrontarse con el Cristo del Evangelio, significa necesariamente ser provocado a dejarse conducir, “acompañar” por El en un camino de pobreza y de humildad. ¿Cómo podríamos creer que es posible “acompañar” en su camino hacia el Señor a los que nos piden que los guíemos por ese camino si esto no implicara en ellos, de manera imperativa, una conversión efectiva al Evangelio de Jesús?

SIMONDECLoux, S.J. autor de “Comentario a las Cartas y Diario Espiritual de S. Ignacio de Loyola”, (Roma), “Maria negli scritti di Ignazio di Loyola” Appunti di Spiritualità 23, (Napoli), “El Camino Ignaciano. A la Mayor Gloria de Dios” (Barcelona). Actualmente es director del Centro de Espiritualidad Manresa e Instructor de Tercera Probación en Kinshasa, Kinshasa-Gombe, R.D. du Congo.